

El ideal femenino de G.A. Bécquer

En esta última jornada del Congreso deseo, ante todo, decir un "gracias" ideal al sensible, hábil y generoso padre y artífice del mismo, Ermanno Caldera.

Hace ya más de tres años que, en una radiante jornada del estío veneciano, durante una comida en compañía de la entrañable Antonella Cancellier, Ermanno me invitó a participar al noveno encuentro congresual con algunos de sus mejores amigos, todos ellos grandes estudiosos del Romanticismo.

Acepté feliz su cordial proposición sin poder sospechar ni por un instante que él no estaría materialmente con nosotros en estos días, tanto era entonces su entusiasmo y tanta su desbordante vitalidad, a pesar del insidioso mal que había empezado a hacer mella en su persona.

Digo materialmente, porque su espíritu se advierte aquí, en la Saluzzo que tanto amó, y su presencia impregna este lugar romántico, con el que Gustavo Adolfo Bécquer se habría identificado sin dificultad.

Me ilusiona suponer que Ermanno, nuestro Ermanno, nos vigila y acompaña desde lo alto de alguna nube confortable -al menos cuanto su sillón articulado-, tal vez escribiendo poesías en algún salón celestial, o escuchando entonar a Alfredo Kraus la romanza de "El último romántico":

Noche de amor, noche misteriosa, ven hacia mí
sombra de mujer...

Gracias por tu ejemplo, Ermanno. Y gracias también a quienes con esfuerzo, altruismo y dedicación han recogido la antorcha de sus ideales para proyectarlos hacia el futuro. Gracias a todos los que han hecho posible estas jornadas de trabajo, pero, y sobre todo, de memoria, de encuentro y de reflexión.

Paso ahora a hablar de mis personales consideraciones sobre el erotismo en la obra del escritor que, por su innovación estilística y por su lección de sobriedad y pureza poética -en una época que con frecuencia exageraba en las concesiones a la grandilocuencia y a la retórica- se pone en el vértice del romanticismo español, por méritos propios y por la influencia que su obra ejerció en los escritores españoles de las generaciones sucesivas.

Se evidencia en la lectura de la obra becqueriana, que su percepción del "eros" está vinculada a la presencia femenina, real en algunos casos, e ideal o imaginada con mayor frecuencia.

La percepción real, evidente sobre todo en las *Rimas*, se asocia a las tres mujeres que jugaron un papel estelar en su vida sentimental: Julia Espín, Elisa Guillén y, en menor medida, Casta Esteban, su esposa.

La percepción ideal impregna toda su obra, la poesía y la prosa, con resultados magistrales tanto en la una como en la otra.

Llegados a este punto, siento la necesidad de especificar en que clave interpreto la palabra "eros" aplicada a lectura de la obra de Gustavo Adolfo.

De todos es sabido que "el dios del amor" es, sin lugar a dudas, un personaje ambiguo y controvertido.

Ya en la propia mitología griega es difícil colocar su filiación. En un principio se suponía que nació al mismo tiempo que *Geos* y *Caos*, pero otras versiones sostienen que es el fruto del huevo original y que fue engendrado por la Noche.

En otros casos se insiste en verlo como un dios menor, nacido de *Poros* (el Recurso) y *Venia* (la Pobreza o escasez), privándolo así del simbolismo de cohesión interna del cosmos, para situarlo como un fuerza intermediaria entre los hombres y los dioses.

La tradición más aceptada y difundida establece que era hijo de Afrodita, diosa del Amor y de Hermes, el mensajero de los dioses.

¿Se han agotado las posibilidades genealógicas? Por supuesto que no. Había sostenedores de las variantes de *Eros* hijo de *Hermes* y *Artemis Ctonia*, o bien de distintas *Afroditas*: *Afrodita Urania* que lo habría concebido con *Hermes*, o *Afrodita*¹, que en su unión carnal con el dios de la guerra *Ares* engendró a *Anteros*, el amor contrario o recíproco. Por último llegamos a la versión de *Eros* hijo de *Hermes* y *Artemisa*², que es la que más se identifica con la imagen del niño alado, inventada por los poetas clásicos y que, superando las vicisitudes y modas de los tiempos, ha llegado hasta nuestros días.

Una constante caracterial se acomuna a todos estos Eros: la de ser una fuerza inquieta e insatisfecha, que se divierte colmando de desasosiego los corazones que hiere con sus flechas o inflama con su llama.

Sopesando con escrúpulo estas características, el mismo Platón sentó las bases para que a partir de él, se estableciera la diferencia entre un "eros" contingente o del cuerpo y un "eros" celeste o del alma.

Creo que se puede afirmar, con poco temor a equivocarse, que toda la época romántica está impregnada de esta fuerza inquieta e insatisfecha que llena de desasosiego los corazones, encauzada unas veces hacia el "eros" contingente y otras hacia el "eros" celeste, o alternando ambas posibilidades en muchos casos.

No fue Bécquer la excepción a esta tendencia espiritual generalizada. En su obra, sutil entramado de ideales unidos a reflexión y experiencia, encontramos las dos caras del "eros". Porque en ella se refleja la sublimación de su vida real, pero sobre todo porque da forma literaria a la ideal, a la que desea, la que existe sólo en su pensamiento y en sus sueños.

Su mujer ideal, la que el poeta busca sin encontrar jamás, mezcla de "eros" carnal y celestial, nos la describe así en la Leyenda "El rayo de luna": ojos azules, "azules y húmedos como el cielo de la noche"; azules y rasgados; una cabellera suelta, flotante y oscura; alta y esbelta, "como esos ángeles de las portadas de nuestras basílicas"; la voz suave, como el rumor del viento en las hojas de los álamos, y su andar acompasado y majestuoso, como las cadencias de la música; una mujer hermosa, como los más hermosos sueños de la adolescencia, pero que se identifica por completo con su amado:

que piensa como yo pienso, que gusta de lo que yo gusto, que odia lo que yo odio,
que es un espíritu hermano de mi espíritu, que es el complemento de mi ser...

Es éste el ideal de perfección que Gustavo Adolfo persigue, identificándose con Manrique, el protagonista de la Leyenda. ¿Consigue encontrarlo? Sí, pero cuando por fin consigue alcanzar el anhelado objeto de deseo, descubre con estupor que es un rayo de luna. "Un rayo de luna que penetraba a intervalos por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movía las ramas".

Porque Bécquer, como Manrique, "había nacido para soñar el amor, no para sentirlo", a pesar de que:

amaba a todas las mujeres un instante: a esta porque era rubia, a aquella porque tenía los labios rojos, a la otra porque se cimbreaba, al andar, como un junco.

"Amaba a todas las mujeres un instante". Hay también en esto un paralelismo entre Manrique y Bécquer. La inestabilidad sentimental del primero es también la inestabilidad de Gustavo Adolfo en la vida real. Y no por su voluntad, sino porque las mujeres que ama lo abandonan, con excepción de su esposa Casta -ironía del nombre- de la que se separa él, después de saber que lo traiciona con un aventurero de Noviercas³.

No es difícil imaginar los efectos devastantes de tales abandonos en un espíritu hipersensible, capaz de expresarse así en "Cartas literarias a una mujer":

El amor es el manantial perenne de toda poesía, el origen fecundo de todo lo grande, el principio eterno de todo lo bello.⁴

Y al tema del amor, tratado en muy diversos aspectos, dedica once de sus *Leyendas*. Recordemos algunas en las que el amor pasional de los protagonistas los arrastra a situaciones aberrantes:

- El amor lleva al robo sacrilego en "La ajorca de oro".
- En la noche de difuntos el amor lleva a la muerte al primogénito de la casa de Alcudiel, en "El Monte de las Animas".
- La pasión incontrolada lleva al capitán de una compañía de húsares a profanar la estatua yacente de doña Elvira, en la leyenda toledana "El beso".
- En "Los ojos verdes", el amor irracional de Fernando lo conduce al fondo de una laguna en la que muere.
- El amor hace que un caballero posponga su propia vida y la de sus subditos a la conquista y goce de la mujer amada en "La cueva de la mora".

Otras podríamos citar ("La corza blanca", "La rosa de pasión", "La promesa", la ya mencionada "El rayo de luna", etc.) pero queremos dirigir la atención ahora a las mujeres que fueron instrumento de Cupido para tocar (y malherir) el corazón de Bécquer.

La primera fue un amor adolescente que floreció en Sevilla y terminó en 1852, cuando la joven Lenona, vasca, regresó a su tierra de origen. El poeta le dedicó una oda⁵ de veintidós sextinas en la que, entre suspiros, invocaciones y llanto le escribe:

¿Y te vas? ¿Y del Betis placentero
abandonas las márgenes floridas? ¿Y el
llanto lastimero, y las amargas lágrimas
vertidas por tus amigos en el trance
fuerte, bastantes no serán a detenerte?

¿Y de tus negros y brillantes ojos
ya no veremos el fulgor divino?
¿Y de tus labios rojos
no escucharemos más el peregrino
acento que resuena
más dulce que el cantar de Filomena?

[...]
Oh, nunca yo te hubiera conocido
sí tan pronto debiera de perderte!

A pesar de tantas manifestaciones de dolor, es probable que la haya olvidado pronto, porque a su llegada a Madrid, dos años más tarde, parece sentimentalmente sereno y toda su atención se concentra en sus sueños de gloria.

Sin embargo en la capital de España, "Eros" le espera con dos flechas dolorosas en su carcaj. La primera la dispara contra el desprevenido poeta en la calle de "Flor Alta", en la zona de "S. Bernardo", mientras paseaba por ella en compañía de su amigo Julio Nombela. En aquella época Gustavo Adolfo

solía dar largos paseos por aquella zona y por El Retiro para reponerse de la grave enfermedad que había contraído cuando vivía en una modesta casa de huéspedes en la calle de la Visitación. Bécquer alzó la mirada hacia el balcón de una casa y...

Pero veamos como describe Nombela la fatal atracción que nace de un gesto tan natural y espontáneo:

...estaban asomadas a uno de los balcones del piso principal dos jóvenes de extraordinaria belleza, diferenciándose únicamente en que la que parecía mayor, escasamente de diecisiete o dieciocho años, tenía en la expresión de sus ojos y en el conjunto de sus facciones algo de celestial. Gustavo se detuvo admirado, al verla, y aunque proseguimos nuestra marcha por la calle de la Flor Alta, no pudo menos de volver varias veces el rostro, extasiándose al contemplarla...

Aquella tarde estuvo muy expansivo, y en las sucesivas volvimos a la calle de la Justa, entrando por la de la Flor Alta, torciendo a la izquierda para volver, por la calle de la Estrella, a la de San Bernardo y dirigimos a nuestro solitario paseo.

Siguiendo por aquel camino, si las jóvenes estaban asomadas al balcón podíamos verlas más tiempo, lo que por fortuna sucedía casi siempre.

El nombre de la bellísima joven era Julia Espín, hija mayor de D. Joaquín Espín y Guillén, compositor y profesor del Conservatorio⁶. Julia tenía diecinueve años y no le prestó excesiva atención al poeta, ya que, además de su gran belleza física poseía una magnífica voz de soprano y veía abrirse ante sí una prometedora carrera artística. A pesar de su indiferencia Bécquer siguió amándola platónicamente y es ella la inspiradora de un número importante de *Rimas*.

Veamos una, la XIII, en la que ensalza los ojos que lo cautivaron:

Tu pupila es azul, y cuando ríes, su
claridad sùave me recuerda el trémulo
fulgor de la mañana que en el mar se
refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras, las
transparentes lágrimas en ella

se me figuran gotas de rocío en
una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo como
un punto de luz radia una idea, me parece
en el cielo de la tarde ¡una perdida
estrella!

En el verano de 1859 consigue liberarse del peso de este amor imposible para caer en las redes de la pasión por la misteriosa Elisa Guillén, a la que dedicó la parte más numerosa de las *Rimas*. Poco se sabe de esta tal Elisa. Para algunos estudiosos fue una dama de alcurnia, tal vez una noble vallisoletana⁷, que correspondió por algún tiempo al sentimiento de Bécquer, para abandonarlo al final. Para otros, en cambio, no habría existido en la realidad. Sería fruto de la fantasía del poeta, una especie de *senhal*, un ser ideal nacido de y para la poesía. Sin embargo, si así fuera, resultaría difícil explicar ciertos tonos resentidos, las *Rimas* de la ironía, del sarcasmo y de la traición que mejor se conciliarían con una pasión erótica real, recíproca hasta un cierto momento y traicionada más tarde.

De todos modos, criatura real o imaginaria, poco importa, vistos los resultados literarios, de los que propongo como muestra la breve Rima LVIII:

¿Quieres que de ese néctar delicioso
no te amargue la hez?
Pues aspiralo, acércale a tus labios
y déjalo después.
¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos ¡adiós!

¿Y quién hiere el corazón de Bécquer después de Elisa? La soriana Casta Esteban Navarro, que representaría la esperanza de una vida serena, después del desengaño de la relación precedente.

Así se dirige a Casta en la única poesía a ella dedicada específicamente:

Tu aliento es el aliento de las flores; tu voz
es de los cisnes la armonía; es tu mirada
el esplendor del día, y el color de la rosa
es tu color.

Tú prestas nueva vida y esperanza a un
corazón para el amor ya muerto; tu creces
de mi vida en el desierto como crece en el
páramo la flor...

Era Casta la hija de un médico que en cierta ocasión había curado a Bécquer de una grave dolencia. Con ella contrajo matrimonio en 1861. De la unión nacieron tres hijos. Pero en 1868, unas relaciones sospechosas de Casta con un antiguo novio suyo, el ya mencionado "Rubio" provocaron la separación inmediata de Gustavo Adolfo, que se fue a vivir a Toledo con sus dos hijos mayores y con su hermano Valeriano, también separado de su mujer. Dos años más tarde, después de la muerte de Valeriano, en septiembre de 1870, el matrimonio volvió a reunirse, pero por poco tiempo, porque tres meses más tarde, el 22 de diciembre falleció también Gustavo Adolfo.

Julia, Elisa, Casta..., las tres flechas de carne en el arco de Cupido, ¿qué correspondencia han tenido con el ideal amatorio afanosamente buscado?

Después de haber ponderado escrupulosamente las pulsiones latentes en la obra becqueriana creo que se llega inevitablemente a la conclusión de que la más pura esencia de su ideal erótico ha quedado así reflejada, con elegante concisión, en la Rima LI del manuscrito del *Libro de los Gorriones*⁸:

- Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
- ¿A mí me buscas? - No es a ti, no.

- Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro.
- ¿A mí me llamas? - No; no es a ti.

- Yo soy un sueño, un imposible, vano
fantasma de niebla y luz; soy incorpórea,
soy intangible;
no puedo amarte. - ¡Oh, ven; ven tú!

FRANCISCA CRUZ ROSÓN
Universidad de Trieste

¹ Hija de Zeus y de la ninfa Dione, hija, a su vez, de Nerea y de Doria.

² Hija de Zeus y Perséfone, diosa de la Agricultura.

³ Pueblecito de la provincia de Soria, donde el doctor Esteban, padre de Casta, poseía una casa en la que, con su familia, pasaba los veranos. Y justamente en Noviercas es donde el poeta conoce a la que se convertiría en su esposa.

⁴ *Cartas literarias a una mujer*. Carta II.

⁵ "Oda a la señorita Lenona en su partida"

⁶ La carrera musical de Julia Espín suscitó el interés de varios estudiosos de Bécquer, entre ellos Rafael de Balbín que publicó un documentado artículo titulado "Noticias sobre Bécquer", *Revista de Filología Española*, Madrid, 1968, cuadernos 1-4, pp.321-27.

⁷ Cf. Gerardo Diego, "Casta y Gustavo", *La Nación*, Buenos Aires, 14 de mayo de 1942.

⁸ En esta Rima he querido mantener la numeración del manuscrito del *Libro de los Gorriones*, mientras que las dos anteriores llevan la numeración que los amigos de Bécquer les atribuyeron al recopilarlas para su publicación postuma.